La herencia envenenada

Juan Setien del Valle

La herencia envenenada

Juan Setien del Valle

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
© Juan Setien del Valle, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-62-2
IBIC: FL
DEPÓSITO LEGAL: M-14858-2024

En memoria de Nina

Para Leonardo Setien por convertirse en la herencia que le lego

Para Ioa por recorrer cada personaje, cada sentimiento, cada gesto,
por ser el motivo de cada pasión,
por llenar de entrañas las palabras mudas

Para Amelia y Juan Ramón por darme una herencia que poder legar

Cada letra que leas en estas páginas siniestras no son historia, vástagos de un ingenio poderoso, tampoco son el parto de una inspiración embrutecida que hace florecer a bocajarro una certeza que ladra a tus ojos, no son una historia, mera ficción, sino la crónica de una vida, la sencilla exposición de una verdad.

Soy Ioana, ahora la bibliotecaria de Monte Umbra, quien cargó en sus hombros las confidencias de un escritor orginalísimo que tan solo gritaba con el lenguaje del silencio, un escritor incomprendido. Se retiró a Monte Umbra, aquejado por las fiebres de sus fracasos, se retiró en busca de las historias que no era capaz de dar a luz en sus forzosos partos y se encontró con que la verdad, con que la vida, en ocasiones, es más grande que la ficción. Puede que cada letra que atrapen tus ojos ahora te lleven a parajes fantásticos que asumas inventados, lugares y hechos solo capaces de ocupar las fiebres de una desquiciada imaginación. Pero yo doy fe de que cada palabra, de cada letra, embellecida por su verbo ágil, es el fiel retrato de una verdad que resonará con un incómodo eco cuando termines la última línea del texto.

Soy la culpable de descifrar la caligrafía ilegible de Juan Setien, su trazo anudado y desmañado, he llevado a cabo una exégesis lo más fiel y ceñida que me ha permitido los legajos que el autor dejó desordenados en los polvorientos anaqueles de la biblioteca. A veces son anotaciones de una entrevista larguísima

con una persona que se confesó ante él. Yo fui testigo de los hechos. Cada palabra se ciñe a la realidad como el agua se ciñe al margen del río. Si no tiemblas y eres capaz de llegar al final sin cerrar los ojos, venciendo la resignación, hija bastarda del miedo, aprenderás, lector, a ver más allá de lo que se muestra.

Juan Setien decidió guardar la identidad de quien se confiesa ante él, exponiendo sus entrañas sin pudor, atrapándote con sus miedos, con sus quejas y sus llantos, con el látigo de sus daños y las cicatrices de sus recuerdos. No seré quien le ponga nombre. Solo sé que nada desaprovecharás y que cuando te asomes a la noche, te recogerás pronto en casa y te asegurarás de abrochar los postigos de las ventanas, cerrarás las puertas y te pondrás de rodillas para suplicar a un Dios desconocido que derrame pronto la luz de la mañana para que nada se esconda en el follaje de las sombras.

Ioana, Bibliotecaria de Monte Umbra

Aprendí muy pronto el significado de la palabra «odiar», no como a menudo la aprenden los chicos de mi edad o como la viven los hombres que acumulan vastos inviernos, como una espuria incomodidad que se sacuden agitando el brazo como si fuera una mosca insignificante que revolotea alrededor incordiando con su desquiciante batir de alas o como algo que olvidan cerrando los ojos o, que simplemente, dejan atrás alejándose tras perderse caminado durante un rato, con los bolsillos de su soberbia desgarrados y perdiendo grano a grano su orgullo. Un rasguño inapreciable, inerme, del que siempre salían incólumes. No un tropiezo, solo un trastabillar que les permite recobrar fácilmente el equilibrio. Eso era para ellos. Apenas un roce al hundir la mano en el parterre del jardín y rasgarse blandamente la piel con una espina que desafiaba un tallo, la lacerante estocada del filo de una hoja de papel traviesa que en un descuido araña la yema de su dedo, la mordedura de una víbora desdentada que ya había vaciado su veneno.

No, en mi caso no fue así. No era así. Yo la aprendí como una herida que no cierra, que salpica su eco avanzado por el embudo de los días sin extinguirse, que a cada hora hace resonar las campanas que descuellan en su torre olímpica y me avisa que sigo enclaustrado en su invencible fanal.

Sí, aprendí muy pronto lo que significaba odiar, su irracional arrebato, esa cólera ardiendo como una hoguera que desborda sus límites, creciendo dentro de mí, avanzando con los dientes de su gangrena, un tirar del hilo de la cordura hasta que desaparece el juicio racional y se desata una insensatez que no permite obedecer a excusas, que te arrastra irremediablemente ante un mundo irreal que peregrina con sus intemperantes reproches quebrantando la salud de tu paciencia. Si alguien me hubiese preguntado, lo hubiera definido como si la noche arrojara todo su negro y sólido petróleo contra mi pecho, vomitándome todo el odio de Dios encima, con una presión insoportable de un millón de lápidas, como un ariete que derriba todos mis muros, como si me asediase con sus fuegos y después fluyera mórbido y sin forma, adaptándose a mis huecos, acomodándose dentro de mí, apoderándose de mí.

La mayoría de las veces me sumía en un arrebato incontrolable que tan solo paliaba crispando el puño y clavándome las uñas hasta marcarme con surcos la palma de la mano. A veces fluía la sangre que brotaba en irregulares ríos de delgadas aguas en la concavidad de mis puños. Apretaba los dientes, cuando sufría algún ataque, durante unos minutos, hasta sentir que nada los separaba, como si mi mandíbula se hubiera fusionado deshaciendo las fronteras. Llegué, incluso en alguna ocasión, a partirme la raíz de alguna muela. Otras tantas, mi carne adquiría un tono lívido tras destensar la palidez del esfuerzo y retirar las espinas de mis uñas.

Mis sueños heredaban el odio que pesaba en mis días y me despertaba con el rencor de mis dientes resonando con un tibio dolor, como si el eco de mis pesadillas que se enredaban en los fosos de mi odio se perpetuaran alargando su presencia en la

inconsciencia de la noche. Acariciaba con mi lengua mis astillados dientes que se deshacían como glaciares ante el duro calor del verano, descascarillándose, como ese esmalte de uñas que se astilla y desconcha, deshaciendo su lustrosa costra y perdiendo una a una sus escamas, a cada instante una piel más bajo el envoltorio de los pliegues de la cebolla. Solo la presión sobre mi mandíbula en la noche conllevaba esguinces en la cervical, constantes jaquecas y un desagradable crujido cuando abría mucho la mandíbula en algún bostezo, en lo que la pereza me visitaba mientras pasaba distraído hojas del libro sin prestar atención o cuando masticaba y sentía como el pistón de un revolver subir y bajar allí donde la mandíbula se unía. Algún odontólogo, para espantar mi pavor hipocondriaco, recuerdo que llegó a diagnosticarlo como bruxismo, o así lo catalogaron afianzando bajo unas siglas médicas un trastorno rutinario. Yo solo sé que eran las dentelladas de mi odio.

Algunas veces pienso que hubiera sido más sencillo descontrolarme por una vez, dejar fluir eso que gobernaba desde mi oscuridad. Hubiera estallado, desbordado, con esa pirotecnia de insultos e improperios, gritando en alaridos como si escupiera el veneno de mi odio, pero en verdad, trataba de que permaneciese en mi intimidad, en los desvanes de mi conciencia, retirado en mí, solo en mí, trataba de que ardieran en mis costuras, que mis fuegos ardieran en los leños de mis entrañas, solo yo y mis hogueras, su humo, su fuego devastador. No quería desvelar mi debilidad.

Otras veces, solo se elevaba la caricia ebria de un vaho que se estancaba en el interior de mi mirada, enturbiando mi visión, como si el humo de la ducha empañara el azogue del espejo

confundiendo la vista y sentía entonces los látigos de mi sangre flagelar mis sienes.

Solo sé que el odio fue algo que aprendí muy pronto. Y el objeto que lo fijaba vivía conmigo. Siempre fue mi padre. Le odiaba. Aún mucho tiempo después de perderle, sigo odiándole. Tal vez haya amansado la fiera brutalidad con que lo hacía al principio. Puede que ahora el motivo, la razón para odiarle desplazara su foco, se vistiera de otra manera, pero seguía siendo él, seguía siendo por él.

Al principio, no sabía explicarlo. No creía que una palabra tan cruel pudiera definir mi relación con él. Empezó siendo algo que me hacía sentir incómodo, algo que me estorbaba, pero algo, al fin y al cabo, que podía o sabía eludir. A lo sumo teñía mis mejillas con un tibio rubor y atenazaba con resignación el inhábil coleteo de mi cólera. Pero crecí y se sumó a ello la vergüenza. Me avergonzaba de él. Siempre lo quería lejos de mí. No quería que nos vieran juntos, que pudieran relacionarme con él. Tal vez nombrarle pueda evocar en tu imaginación su desgarbada tarea, ese oficio infame que se había arrogado para el descrédito de nuestra familia convirtiéndonos en el hazmerreír de Monte Umbra, e incluso, su fama de loco trascendió la región y nuestro apellido se había convertido en sinónimo de «estúpido». Escuchaba a niños insultar a otros con mi nombre, niños incluso más pequeños que yo, que no les importaba verme para usarme como anzuelo ante los bramidos de sus compañeros. Éramos el apropiado foco de las mofas, el objetivo de las carcajadas que no disimulaban sus patéticas punzadas. La crueldad de las maledicencias socavaba mi integridad y conseguía rebajar mi orgullo, hasta atraer los fétidos efluvios de una depresión hacia las orillas de mi indigna alma.

Al principio, rehusaba solo el carácter hosco, austero y agreste de mi padre, su poco tacto, su desmañada forma de tratarme. Hubiera preferido que sustituyera sus bofetadas por caricias y que los infundamos reproches con que me trataba, como si esculpiera a mazazos mi personalidad, hubieran acaecido con melifluas palabras, de esas que acompasan un golpe con un beso. Pero él no era de educar como aquellos biempensantes progresistas que reedificaban sobre los antiguos edificios de la educación con un límpido andamiaje. De nada sirve la autoridad, la salvaje imposición, la incoherencia insensata de imponer algo porque uno así lo cree sin entrar la luz por esa grieta de la duda o algo así rezaban los mandamientos progresistas. Pero a pesar de ese credo decimonónico, esa consensuada opinión psicológica que daba la razón a las nuevas corrientes en la educación, mi padre no abjuraba de su sólida convicción. Para él su credo se vertebraba sobre una férrea autoridad que se imponía salvajemente y para la que no cabía la duda porque no podía estar equivocado. Yo veía a los padres de mis compañeros de clase cómo les hablaban, incluso como desmigajaban la sordidez de los castigos cuando mis amigos se pasaban de la raya; apenas se les torturaba con una mirada gélida e inquisitiva cuando yo hubiera recibido un bárbaro gañido que hubiera agrandado su eco en la cúpula de mis oídos por toda una semana. Hasta aquel entonces, me había acostumbrado a las manías inconfesas de mi padre, a su poco indulgente carácter incapaz de perdonar mis errores. En más de una vez justificó su comportamiento sermoneándome:

—Tú no eres como ellos. Para ti se te tiene reservada una misión. Debes ser fuerte. Todo lo que hago es para endurecer tu cemento, para hacerte más fuerte. Serás formidable. Pero tienes que obedecerme. Serás fuerte cuando sonrías, pero sobre todo

te enseñaré a ser fuerte cuando la tristeza se asome a tus ojos, cuando el musgo de la tristeza resbale por la humedad de tus ojos. Esos otros niños se rendirán cuando los zancadilleen, cuando la vida los zancadillee. Porque no dudes, mi pequeño, que la vida lo hará, les plantará cara, les zancadilleará. Y cuando el cielo grite, ellos harán un agujero y se esconderán debajo de la tierra, sepultados bajo sus miedos; cuando la luz se oscurezca y reine la noche, colgarán sus cordones de una rama y se los atarán al cuello. Pero no tú. Tú no. Tú serás de los que volverán a cambiar las bombillas del cielo, de los que destaparán esas mantas de tierra bajo las que se ocultan para ayudarles a salir de sus fosos cuando tú hayas domado sus miedos… Soy severo. Sé que soy severo contigo. Pero un día me lo agradecerás. Recuerda esto, pequeño, un día me lo agradecerás.

Así justificaba su hiriente comportamiento, displicente, soberbio, carente de sentimentalismos que ablandaran su férreo convencimiento. Quizá no se había preguntado nunca si yo quería ser esa persona en la que, según él, el destino me convertiría. Uno tiende a huir de su destino. Puede que ese fuera mi deseo y no otro, huir de ese implacable destino que según mi padre era insobornable, que se me impondría sin yo quererlo y si desobedecía su llamada, si no abría su puerta cuando se presentase ante mí, puede que las repercusiones las pagarán más personas de las que yo pudiera imaginar. Cuánto más le escuchaba, más deseaba que aplacara esa ira contra mí, que derramara agua fría sobre su indómita pasión. Porque aprendí a bucear en sus ebrios ojos, siempre barnizados con una líquida película, el barniz de su colérica pasión. Al sumergirme en su profundidad había una lucha en su interior. Podía verlo. Sabía verlo. De alguna forma aprendí a leer en los gestos, en ese lenguaje implícito que calla lo que

dice, pero que no por guardar silencio deja de existir. Me cobijaba allí con mi pensamiento. Puede que su severidad solo fuera una obligación, una necesidad y él aún me viera como su pequeño, frágil y desvalido. Puede que esa contradicción descontrolará sus lágrimas, puede que ese fuera el motivo por el que sus ojos siempre llevaban ese barniz de lágrimas. Pero siempre vencía esa obscena imposición, sus severos ramalazos, su agreste comportamiento, la sobriedad austera. Pero me acostumbré. Una zarza no deja de acariciarte, aunque sean las astillas de sus espinas las que te dejan huella, pero no deja de ser una caricia. Tal vez mi padre solo tuviera esa forma de amarme, como la zarza que te abraza con sus espinas.

Hasta aquí solo notaba las incongruencias con otros padres. Ellos solían ser cariñosos, envolviendo a mis amigos con gestos dulces y, quizá, insinceros, puede que solo fueran aposturas ridículas para que aquellos chicos no sintiera el torbellino de su conciencia activarse y vivir así en sus mundos de inocencia. Les cuidaban bajo el amparo de la fragilidad, como si siempre que se tropezasen y se cayesen sus paternos brazos acolchados estarían allí para sostenerlos.

Hasta aquel entonces, desconocía a qué se dedicaba mi padre. Solo me había acostumbrado a verle salir de casa cuando habíamos terminado la cena y yo ya estaba acostado. Solía escucharle a las cinco de la madrugada por el torpe ruido que producía nuestra vieja puerta atrancada en el desportillado marco y el esfuerzo ruidoso que uno debía hacer cuando abría para entrar. Las irregulares baldosas del suelo producían también un ruido delator y desagradable al arrastrar la lámina de la puerta. Así que sabía que a las cinco de la madrugada regresaba, pero

no le encontraba al despertarme por la mañana. Debía salir entre las cinco y las seis, otra vez. No sé qué hacía, a qué se dedicaba.

Un día, en casa de uno de mis amigos del colegio, su madre me preguntó delante de todos:

—¿Qué es lo que hace tu padre de madrugada?

Yo no sabía qué contestar. De hecho, guardaba silencio como si me anudarán una mordaza a la voz, bajaba la cabeza y miraba al plato.

—Déjale —solía intervenir el padre—, no tiene por qué estar al tanto de las locuras de su padre.

—Pero temo que se relacione con nuestros hijos. Todos los del vecindario, todos los de Monte Umbra —dijo alarmada la mujer—. Puede que esa locura se heredé. ¿Quién te dice que un día no se despierta un resorte en su cabeza? Podría ser peligroso.

—Vamos, mujer —le replicaba su marido—. Es un pobre niño indefenso. ¿Qué va a hacer un niño contra el resto? Además, mírale, desnutrido, con la irreverente desgana de su padre y la somnolencia con que su madre se paseaba cuando estaba viva. Es inofensivo, indefenso, vulnerable. ¿Qué va a hacerles? Nuestros hijos están a salvo, los niños del resto de casas, todo el pueblo, están a salvo. Él no puede… él no sabría hacer nada. ¿Qué podría hacerles?

—Abducirlos —sentenció ella mientras se levantaba de la mesa y dejaba los platos caer en el interior del fregadero oxidado.

Yo estaba aún en la mesa, delante de aquel fuego cruzado. Apenas habían tratado de disimular. Ni siquiera fingieron que sentían haberse lanzado aquellos cuchillos delante de mí, ni su impertinencia tenaz ni su ensimismada altivez. Y aquella no fue la única ocasión que estuve delante ni la única casa en la que se me sirvió esa fría hostilidad. Las inhospitalarias miradas se

sucedían con el único objetivo de disuadirme, de ablandar mi voluntad. Sabían que no podían echarme, pero podían hacerme sentir que no querían que estuviese allí. Se sucedían incansables cuando entraba en una fiesta, como un reproche, como si no estuviera invitado a compartir la vida de todos. Empezaron a sucederse incómodas confidencias: amigos que me decían que sus padres les habían prohibido ir conmigo, no como una sugerencia, sino como una obligación, con la imperativa necesidad aplastante y ruin, y no adolecían además de fundamento, todas señalaban al mismo culpable: a mi padre y su comportamiento errático y enajenado. Yo no entendía aquellos calificativos y muchos menos ellos podían siquiera asomar su cabeza a una somera comprensión. Era imposible que el carácter atrabiliario y antipático de mi padre fuera un motivo para aislar a su tímido hijo, quien nada había heredado de su padre. Algunos, los más humildes, solían agachar la cabeza cuando se cruzaban conmigo para evitar saludarme o por si se me ocurría dirigirles algunas simpáticas palabras para ganarme una sonrisa suya, un gesto cómplice y un breve tiempo a su lado; otros, la mayoría, se arracimaban en grupos y fijaban sus ofensivas miradas contra mí mientras se desgañitaban bajo las irrisorias carcajadas insultantes. Así aprendí que todo lo que fuera mi padre era un árbol de raíces podridas, una tierra estéril sobre la que solo crecía el resentimiento. Solo valía huir, huir de ese infausto destino, huir de mi padre. La única forma de ir hacia delante era fijar un punto donde estuviera mi padre y alejarme de él, ir lo más lejos posible y, sobre todo, no volver la vista atrás. Hacia delante era la dirección contraria a él siempre.

Pasaron los años. Mi soledad fue mi compañera. Mi rutina, los días tristes. Me acostumbraba a vivir como un apestado. No

cogía el autocar de regreso a casa para evitarme el contacto con otros. Durante aquel tiempo, aprendí, como cualquier niño, a amar en silencio, desfilaban chicas de ensueño cerca de mí, se sentaban en el pupitre de al lado o justo ocupaban el puesto delante en la fila del comedor. Aprendí que amar es sufrimiento, aprendí a amar resignándome, a amar odiando, odiando a mi padre y su forma de interponerse en todo lo que me importaba. Aprendí los mil muros que existen, las formas de frustrar los sueños. Mis muros tenían raíces muy hondas de las que no podría escaparme. Aprendí que siempre había alguien por delante, que siempre alguien ocupaba los sueños que tú creías que estaban destinados para ti, gente que nos los merecía, pero para quien la desvergüenza se convertía en su disposición y nada les amedrentaba, sabían vencer la presión de las lianas de la timidez y no cargaban el pesado fardo de ser un apestado contagiado por la locura de su padre. Pero aprendiendo aquello, aprendí a la vez que, tras recibir las estocadas del océano, los muros se enllagan. Los látigos del mar abren heridas profundas, pero las aceradas costras restañan e insensibilizan. El océano puede golpear con sus arietes de nuevo, pero los golpes duelen menos, cada vez menos. Pierden su soberana intensidad. Asumí mi soledad, sujeté por el pescuezo mis miedos y les miré a sus ojos espantados, retador, sabiendo que ya no podía perder más. Ya lo había perdido todo. Estábamos mi soledad, mi silencio y yo. Siempre fuimos los tres solos.

Acostumbraba a no compartir mis confidencias con mi padre. Puede que odiarle me hubiera permitido ser más sincero, no guardarme nada, vaciar todos mis escondrijos con las entrañas